

ANSELM JAPPE

Las aventuras
de la mercancía

Traducción del francés
de DIEGO LUIS SANROMÁN

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN ESPAÑOLA	7
1. ¿ES EL MUNDO UNA MERCANCÍA?	13
2. LA MERCANCÍA, ESA DESCONOCIDA	29
LA DOBLE NATURALEZA DE LA MERCANCÍA	29
LA ABSTRACCIÓN REAL	41
EL VALOR CONTRA LA COMUNIDAD HUMANA	52
LA RIQUEZA EN LA ÉPOCA DE LA SOCIEDAD MERCANTIL	61
3. CRÍTICA DEL TRABAJO	73
CATEGORÍAS HISTÓRICAS Y CATEGORÍAS LÓGICAS	73
EL SUJETO AUTOMÁTICO	79
LO QUE LOS EPÍGONOS HAN HECHO DE LA TEORÍA DE MARX ..	88
EL TRABAJO ES UNA CATEGORÍA CAPITALISTA	102
4. LA CRISIS DE LA SOCIEDAD MERCANTIL	113
EL VALOR EN CRISIS	113
TRABAJO PRODUCTIVO Y TRABAJO IMPRODUCTIVO	125
EL CAPITAL FICTICIO	131
LA POLÍTICA NO ES UNA SOLUCIÓN	140

5.	HISTORIA Y METAFÍSICA DE LA MERCANCÍA	149
	LA METAFÍSICA Y LAS «CONTRADICCIONES REALES»	149
	LA HISTORIA REAL DE LA SOCIEDAD MERCANTIL:	
	LA ANTIGÜEDAD	157
	LA HISTORIA REAL DE LA SOCIEDAD MERCANTIL:	
	LA ÉPOCA MODERNA	165
	CRÍTICA DEL PROGRESO, DE LA ECONOMÍA Y DEL SUJETO	175
	CRÍTICA DE LA ECONOMÍA SIN MÁS	178
6.	EL FETICHISMO Y LA ANTROPOLOGÍA	183
	EL VALOR COMO PROYECCIÓN	183
	EL DON EN LUGAR DEL VALOR	192
	A CABALLO ROBADO...	200
7.	SOBRE ALGUNOS FALSOS AMIGOS	207
	¿CRÍTICA DEL NEOLIBERALISMO O	
	CRÍTICA DEL CAPITALISMO?	207
	¿DAR VALE MÁS QUE VENDER?	219
	LA ÚLTIMA MASCARADA DEL MARXISMO TRADICIONAL	223
	SALIR DE LA SOCIEDAD MERCANTIL	228
	NOTAS	233
	BIBLIOGRAFÍA	283

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

ESTE LIBRO FUE PUBLICADO por primera vez en Francia en el año 2003. Se propone resumir la «crítica del valor» tal como esta se desarrolló desde 1987, en primer lugar en Alemania y en torno a la revista *Krisis*. Insiste sobre todo en la reinterpretación de la obra de Karl Marx en la que se basa la crítica del valor; otros capítulos intentan extraer sus consecuencias para el resto de ciencias humanas y esbozar una lectura de la historia desde la Antigüedad. En ellos analizo los autores en los que la crítica del valor encuentra alguna resonancia y señalo las posibles confirmaciones procedentes de la antropología cultural. He querido subrayar, pues, todo el potencial que la crítica del valor tiene para la comprensión de la sociedad capitalista en sus múltiples aspectos.

Al mismo tiempo, le he concedido un espacio destacado a un aspecto de la crítica del valor tan central como controvertido: la afirmación de que desde hace varias décadas el capitalismo ha entrado en una crisis que no es cíclica, sino definitiva. Si la sociedad basada en la mercancía y en su fetichismo, en el valor creado por la faceta abstracta del trabajo y representado en el dinero, alcanza ahora su límite histórico, se debe al hecho de que su contradicción central —que lleva en su seno desde los orígenes— ha llegado a un punto sin retorno: la sustitución del trabajo vivo, única fuente del «valor», por las tecnologías ha alcanzado su grado máximo.

Han pasado más de diez años desde entonces. La teoría de la crisis ha recibido importantes confirmaciones, aunque no siempre haya motivos para regocijarse por sus consecuencias. La propia crítica del valor ha seguido evolucionando. En 2004 estalló su medio originario de elaboración; Robert Kurz, el principal autor de *Krisis*, Roswitha Scholz y algunos otros fundaron la revista *Exit!*, mientras que otros colaboradores históricos siguieron publicando *Krisis*. Kurz se mantuvo extraordinariamente fecundo y siguió produciendo grandes artículos para *Exit!* y libros que tratan tanto de los fundamentos teóricos de la crítica del valor como del avance del hundimiento de la sociedad mercantil.¹ Su muerte en 2012 a la edad de sesenta y ocho años interrumpió por desgracia esta incesante actividad; el vacío que dejó será muy difícil de llenar. Las tesis de la crítica del valor han encontrado sin embargo una repercusión cada vez mayor en el mundo entero, y a la mera *recepción* de la teoría comienza a añadirse ahora su reelaboración y su profundización por parte de nuevos actores. A menudo es la evolución de la crítica del valor hacia la «crítica de la escisión del valor» —desarrollada sobre todo por Roswitha Scholz— la que atrae la atención: el valor se basa en una escisión preliminar con respecto a la esfera del «no valor», esencialmente asignada a las mujeres; de este modo, la crítica del patriarcado viene a desempeñar un papel esencial en la crítica de la sociedad mercantil.

Si en el transcurso de veinticinco años la crítica del valor ha pasado de ocupar una posición ultraminoritaria a convertirse en un importante componente del debate contemporáneo —al menos dentro del ámbito crítico—, no se debe en modo alguno a su implantación en el discurso universitario ni tampoco a la atención mediática; a diferencia de otros enfoques más o menos críticos, la crítica del valor sigue siendo tratada por las instancias oficiales de la producción y la difusión del saber con una desconfianza que hace honor a una crítica que se quiere radical. Es más bien la

I. ¿ES EL MUNDO UNA MERCANCÍA?

HACE ALGUNOS AÑOS MUCHOS quisieron creer en el «fin de la historia» y en la victoria definitiva de la economía de mercado y la democracia liberal. La disolución del imperio soviético era considerada como la prueba de la ausencia de alternativa al capitalismo occidental. Los partidarios del capitalismo estaban tan convencidos de ello como sus opositores. A partir de entonces, las discusiones debían girar en torno solamente a cuestiones de detalle concernientes a la gestión de lo existente.

En efecto, en la política oficial ha desaparecido por completo toda lucha entre concepciones divergentes y, con escasas excepciones, en todos lados está ausente la idea misma de que podamos imaginar una forma de vivir y de producir que sea diferente de la que se ha impuesto. Esta parece haberse convertido en el único deseo de los hombres del mundo entero. Pero la realidad se pliega a las órdenes más difícilmente de lo que lo hacen los pensadores contemporáneos. En los años que siguieron a su «victoria definitiva», la economía de mercado ha dado muestras de mayor fragilidad que en los cincuenta años precedentes, como si en realidad el hundimiento de los países del Este no hubiese sido más que el primer acto de una crisis mundial. El paro real aumenta en todas partes, y habida cuenta de que su causa es la revolución microinformática, no habrá nada que invierta esta tendencia, ni tampoco el desmantelamiento del Estado social. En conjunto, engendran la

marginación de una parte creciente de la población incluso en los países más ricos, que experimentan una regresión con respecto a un siglo de evolución social.

En cuanto al resto del mundo, los islotes de bienestar y de democracia *new look* emergen en medio de un océano de guerras, de miseria y de tráficos abominables. Y no se trata de un orden injusto, sino estable: la riqueza misma amenaza con hundirse en cualquier momento. Las bolsas financieras, con sus movimientos cada vez más locos, y los «cracs» cada vez más frecuentes de países modelo como Corea del Sur, Indonesia o Argentina anuncian a los ojos de todos los observadores, por muy poco serios que sean, un cataclismo a corto plazo. Mientras tanto, una espada de Damocles se mantiene suspendida sobre la cabeza de todos, ricos y pobres: la destrucción del medio ambiente. En este dominio, cada pequeña mejora que se produce de un lado viene acompañada de diez nuevas locuras del otro.

No es necesario prolongar esta constatación al alcance de cualquier telespectador bien informado. El «fin de la historia» ha durado bastante poco. Una vez más, el desorden reinante se ve puesto en cuestión por todos lados, y en ocasiones, en lugares, por personas y por razones bastante inesperados: podemos citar las luchas campesinas en el «Sur del mundo», como India o Brasil; los movimientos de resistencia al desmantelamiento del Estado social y a la precarización en el mundo del trabajo en los países europeos; la rapidez con la que se ha difundido, en países tan diferentes como Francia o Tailandia, el rechazo de unas nuevas biotecnologías con efectos incalculables; la formación de una nueva sensibilidad moral con respecto a cuestiones como la explotación del trabajo de los menores en los países pobres y el endeudamiento del «Tercer Mundo». Asistimos a la aparición de exigencias como la de ingerir alimentos dignos de tal nombre, a una desconfianza creciente con respecto a los medios de comunicación y a la crea-

2. LA MERCANCÍA, ESA DESCONOCIDA

LA DOBLE NATURALEZA DE LA MERCANCÍA

¿Qué es una mercancía? La cuestión parece estúpida, pues cualquiera sabría responderla. Una mercancía es un objeto vendido o comprado, que cambia de mano contra pago. Cuanto pague uno, depende de su valor, y el valor está determinado por la oferta y la demanda. Se paga con dinero, pues el trueque no es posible más que en sociedades muy primitivas. Si se pregunta: ¿cuánto «valen» veinte metros de tela?, hay que responder: valen cien francos. La mercancía, el dinero y el valor son cosas que «caen por su propio peso» y que nos encontramos en casi todas las formas de vida social conocidas a partir de la prehistoria. Ponerlas en cuestión parece tan poco sensato como discutir la fuerza de gravitación. No es posible una discusión más que en lo que atañe al capital y la plusvalía, las inversiones y los salarios, los precios y las clases, es decir, cuando se trata de determinar la *distribución* de estas categorías universales que regulan los intercambios entre los hombres. Es el terreno en el que pueden manifestarse las diferentes concepciones teóricas y sociales.

Estas afirmaciones son compartidas por todo el mundo, tanto por quienes consideran el sistema económico contemporáneo como algo natural y como la mejor solución posible cuanto por

aquellos que ponen en tela de juicio la actual distribución de las mercancías y del dinero. Quienes reivindican a Marx tampoco son una excepción. Pero, por su parte, Marx era de una opinión muy distinta. *El Capital* comienza con un análisis detallado de la estructura de la mercancía, del valor y del dinero. Sin duda, se puede afirmar que Marx no hace aquí más que resumir cosas banales, ya establecidas por sus predecesores burgueses, como es el caso de Adam Smith o David Ricardo, y que su propia aportación no comienza más que con el análisis de la «transformación del dinero en capital». Sin embargo, el propio Marx subrayó explícitamente que su análisis de la mercancía era la parte más fundamental y más revolucionaria de sus investigaciones. Es precisamente en esta parte de su teoría donde pretende haber hecho uno de los grandes descubrimientos de la historia humana y haber resuelto un enigma milenario: «La forma del valor, cuya figura acabada es la forma de dinero, es algo muy insustancial y sencillo. Sin embargo, el espíritu humano lleva más de dos mil años intentando averiguarla» (*Capital*, I, I, pp. 15-6).⁷ En cualquier caso, descuidar los análisis que Marx situó al comienzo de su obra principal ha sido una característica constante de todas las variantes del marxismo tradicional; hoy su ruina constituye más bien una razón que debe incitarnos a interesarnos por lo que este ha descuidado.

Se podría poner también de relieve que, en los millares de páginas de Marx que conforman la «crítica de la economía política», el análisis de la mercancía y de la forma del valor no ocupa más que una parte muy escuálida. Pero Marx ha llamado a la forma del valor la «célula germinal» de toda la sociedad burguesa, y toda su crítica de la economía política no es otra cosa que una explicación, un despliegue, un desarrollo de lo que ya está contenido en este análisis aparentemente anodino. Sin él, Marx no habría escrito una *crítica* de la economía política, sino simplemente otra doctrina de economía política.

3. CRÍTICA DEL TRABAJO

CATEGORÍAS HISTÓRICAS Y CATEGORÍAS LÓGICAS

Para que la circulación de mercancías sea algo más que un intercambio ocasional de bienes escasos o de excedentes, para que se apodere de la vida productiva al completo, necesita crecer entre un ciclo y el siguiente. Tiene que haber creación de ganancia. Históricamente, la ganancia se obtuvo en primer lugar vendiendo mercancías a precios superiores a los precios de compra, es decir, por medio de operaciones comerciales, sobre todo con el tráfico marítimo y a gran distancia. El préstamo con usura es otra forma muy antigua de obtener ganancias. En ambos casos, se trata de una especie de estafa a costa del otro, y si todos los sujetos económicos actuaran así los unos con respecto a los otros, a nivel global no quedaría ninguna ganancia. La transformación de una suma inicial de dinero en una suma superior por mediación de una mercancía no puede convertirse en el principio básico de una sociedad más que cuando dicha mercancía es de una naturaleza muy particular: ha de tratarse de una mercancía que cree valor. El valor está constituido por el trabajo; lo que crea el valor, pues, es la *facultad de trabajar*. El poseedor del dinero no compra ni al trabajador (como era el caso en el régimen esclavista) ni el trabajo, sino la facultad de trabajar del otro. El valor de esta se evalúa como cualquier valor: según los costes de producción. En este caso, se trata de las cosas que son necesarias de media para producir y

reproducir dicha facultad de trabajar; es decir, todo lo que es necesario en una sociedad determinada para vivir y, eventualmente, para alimentar a una familia. Aquí el trabajador no es víctima de fraude alguno. Recibe (en condiciones normales) el equivalente de su mercancía: su facultad de trabajar, cuyo uso cede. Pero una vez que el poseedor de dinero, que lo invierte en la adquisición de los medios de producción y de la fuerza de trabajo, ha adquirido estos, puede disponer de ellos como quiera, al igual que ocurre con cualquier otra mercancía. En consecuencia, puede hacer trabajar al poseedor de la fuerza de trabajo más tiempo del necesario para reproducir el valor contenido en su precio de compra. Dicho de otro modo, el trabajador debe trabajar una parte de su tiempo gratuitamente para el capitalista que ha comprado su fuerza de trabajo. Es el origen de la *plusvalía* (o del plusvalor), que por su parte da lugar a la ganancia. El *trabajo vivo* —es decir, el trabajo en el momento de su gasto— es la *única fuente* del valor y de la plusvalía. En efecto, el *trabajo muerto* —es decir, el resultado del trabajo pasado, como los medios de producción que el capitalista pone a disposición del trabajador— no crea valor, sino que solo transmite su propio valor al producto final. Por eso Marx llama al capital invertido en la compra de la fuerza de trabajo *capital variable* —que aumenta por medio de este proceso— y *capital fijo* al capital invertido en la compra de los medios de producción.

No es necesario continuar este discurso, pues se trata del Marx «exotérico» que todo el mundo cree conocer, aunque solo fuera por el hecho de que hasta los manuales de filosofía explican la teoría de la explotación, de las clases y de sus luchas.⁴⁵ No obstante, el lector habrá reparado en que hemos llegado a este resultado de una forma muy diferente a la de la vulgata marxista. Es el método del propio Marx: los fenómenos visibles, las acciones de los actores sociales, las clases y sus conflictos, tal como uno los puede observar en la vida diaria, no son el punto de partida del

4. LA CRISIS DE LA SOCIEDAD MERCANTIL

EL VALOR EN CRISIS

Un modo de producción organizado para satisfacer las necesidades y los caprichos de las capas dominantes, como el feudalismo, puede tener muchos defectos, pero nunca ser destructivo y auto-destructivo como lo es la sociedad guiada por el «sujeto automático». Un sistema que no sea tautológico, sino que esté orientado hacia un fin, siempre encuentra su límite y su punto de equilibrio. Se puede decir que todas las sociedades que han existido hasta el presente han sido ciegas. No ha habido ninguna que verdaderamente dispusiera de manera consciente de sus propias fuerzas y en la que no hubiese mediación fetichista. Pero en comparación con la sociedad capitalista, todas ellas carecían de dinamismo. Lo que hace tan peligrosa a la sociedad moderna es que está sometida a un dinamismo muy fuerte que no logra controlar en absoluto porque está plenamente entregada a su medio fetichista.

Esta ausencia de límites no hace su entrada en el mundo sino con el dinero; es decir, cuando el dinero se convierte en el fin de la producción. El dinero en cuanto encarnación del valor tiene como única finalidad su propio incremento:⁷⁰ «Conservado como riqueza, como forma universal de la riqueza, como valor que tiene vigencia en cuanto valor, manifiesta la tendencia constante de superar su limitación cuantitativa: proceso sin fin» (*Grundrisse* I, p. 211). No

se trata de una cualidad suplementaria que le llegue del exterior, sino de su estructura básica.⁷¹ En efecto, Marx deduce la desmesura que caracteriza al capital del concepto de este; lo que significa que el capital y su desmesura solo llegarán a su fin juntos. Ya hemos visto que el valor no se conserva más que con su crecimiento en la circulación. Pero Marx deduce la desmesura también de la «contradicción que opone las características generales del valor a su existencia material en una mercancía determinada», de la cual habla en el *Short outline* de 1858. En su tercera determinación formal —el dinero en cuanto dinero—, el dinero, que no representa más que una cantidad más o menos grande de la riqueza general, se transforma en una contradicción visible: en cuanto riqueza general, es la quintaesencia de todos los valores de uso y posee la capacidad de comprarlo todo. Pero al mismo tiempo, bajo esta forma el dinero es siempre un *quantum* determinado y limitado de dinero, y en consecuencia un representante limitado de la riqueza general. Esta contradicción entre el carácter cualitativamente ilimitado y el carácter cuantitativamente limitado del dinero provoca un progreso cuantitativamente infinito en el que el dinero trata de aproximarse, por medio de su crecimiento permanente, a la riqueza sin más. Esto ocurre cuando el dinero, no estando ya ligado a necesidades concretas, se convierte en el fin de la producción: «Mientras que para el valor de cambio bajo la forma de cualquier otra mercancía sigue siendo un supuesto la necesidad particular que se experimenta del valor de uso particular en el que aquel está encarnado, para el oro y la plata en cuanto riqueza abstracta no existe tal barrera» (*Contribución*, p. 195). Este carácter tautológico, el aspecto dinámico del capitalismo y la incorporación forzosa de todas las sociedades a la «historia» no son, pues, más que aspectos diferentes de la misma cosa.⁷² La sociedad basada en la producción de mercancías, con su universalidad exteriorizada y abstracta, es necesariamente una sociedad sin límites, destructiva y autodestructiva.⁷³ Este resultado está ya incluido en su concepto, como Marx puso de relieve cada

5. HISTORIA Y METAFÍSICA DE LA MERCANCÍA

LA METAFÍSICA Y LAS «CONTRADICCIONES REALES»

Si Marx privilegia la exposición conceptual de la lógica de la mercancía frente al resumen de su evolución histórica y empírica, no es por razones «metodológicas» (que en cuanto separadas del contenido no existen en Marx). Es más bien porque uno de los rasgos distintivos de la sociedad capitalista fetichista es tener una naturaleza «conceptual»: la abstracción, encarnada en el dinero, no deriva de lo concreto, sino que lo domina. La forma se hace independiente del contenido y trata de desembarazarse completamente de él. Se ha atacado mucho el análisis «conceptual» del capitalismo que lleva a cabo Marx pero apenas se ha comprendido; y sin embargo, es la descripción más adecuada de ese dominio de la forma sobre el contenido. Desarrollar el capitalismo entero a partir de la estructura de la mercancía y de la necesidad de que el trabajo privado se represente como trabajo social no es un procedimiento «filosófico», que podría ser remplazado por otros procesos tal vez más «performativos». En realidad, tal procedimiento reproduce la *verdadera estructura* de la sociedad mercantil desarrollada.

Comprender los conceptos esenciales de la sociedad mercantil permite entender su mecanismo sin examinar todos los detalles empíricos: «Es necesario desarrollar con exactitud el concepto de capital, ya que él mismo es el concepto básico de la economía

moderna, tal como el capital mismo —cuya contrafigura abstracta es su concepto— es la base de la sociedad burguesa. De la concepción certera del supuesto fundamental de la relación tienen que derivar todas las contradicciones de la producción burguesa, así como el límite ante el cual ella misma tiende a superarse» (*Grundrisse* I, p. 237). El concepto simple de la mercancía, y luego el del capital, contienen ya todos los desarrollos sucesivos, como ocurre con el ser hegeliano. Estos no son pues añadidos desde el exterior: «En el concepto simple del capital deben estar contenidas *en sí* sus tendencias civilizatorias, etc., y no presentarse como en las economías precedentes, meramente en cuanto consecuencias. Del mismo modo, se comprueban en él, de manera latente, las contradicciones que se manifestarán más tarde» (ib., p. 367). En cambio, «a los señores economistas les resulta condenadamente difícil pasar teóricamente de la autoconservación del valor en el capital a su reproducción; ante todo cuando se trata de esta en la determinación fundamental de aquel, no solo como accidente sino como resultado» (ib., p. 211). Quien comprende el concepto del capital comprende también la evolución que se deriva de él: «Lo posterior está contenido ya en el concepto general del capital» (ib., p. 354). «Por definición, la *competencia* no es otra cosa que la *naturaleza interna del capital*» (ib., p. 366), porque «la tendencia a crear el *mercado mundial* está dada directamente en la idea misma del capital» (ib., p. 360).

Una vez dadas las categorías básicas, toda la evolución del capitalismo —incluida su salida de escena— está programada ya a través de las contradicciones que resultan de la primera. La contradicción originaria entre trabajo concreto y trabajo abstracto, entre valor de uso y valor, implica el nacimiento de formas nuevas que a su vez se revelan contradictorias, suscitando pues otras formas nuevas, y así sucesivamente en un movimiento sin fin. El concepto no se desarrolla más que a través de contradicciones continuas, de